

SILUETAS DE LA CIUDAD

Las engalanadas ramas de los árboles, cubiertas todavía con el verde esplendor de que las vistió la Primavera, se han visto en estos días azotadas por las primeras rachas de un viento húmedo, que servirá para hacer descender a las hojas, amarillentas en breve, del alto trono de verdura, y correr por los paseos y por las calles con triste son de lluvia sempiterna y monótona.

Es el otoño que llega, la estación melancólica y apacible en nuestro clima, la estación que convida a soñar y a recordar, a sumergirnos en nuestra vida interior y a sondear nuestras almas en la mística tranquilidad de los atardeceres tristes de la llanura.

La ciudad se prepara a pasar el letargo invernal y es esta estación que se avecina como el amodorramiento que precede al largo sueño. Nada más deprimente para el espíritu, que el contemplar estas ciudades en invierno, recogidas y acurrucadas en la llanura, presas en su cinturón de recias murallas, amontonadas sus casas como manadas de ovejas apretadas en el redil para formar barrera al cierzo. Nada más desconsolador que el paseo por sus calles, que se diría paseo por las calles de una necrópolis; nada más triston, más tedioso, que oír en las tardes invernales, cuando al rescoldo del brasero leemos los versos del poeta preferido, el fastidioso caer del agua en las vidrieras, como gotas de amargura que tamborilean en nuestro propio corazón.

Va tomando nuestra ciudad poco a poco sus peculiares características. La vida aterida, porque ateridos se encuentran los espíritus, va a dejar dentro de poco su triunfo callejero para recluirse en los hogares.

Dentro de poco no gozaremos otras manifestaciones de vida que el Casino para los hombres, la novena para las mujeres. En el tibio regazo del Casino provinciano, al lado de los radiadores, se formarán las tertulias murmuradas y maldicientes. Al caer la tarde, una campana suspendida de triangular campanil, se atreverá a romper el silencio con su algarabía. Veremos a nuestras mujeres, a las lindas muñecas que hace poco vimos engalanadas en las ferias con trajes multicolores, con las caras arreboladas por el calor sofocante de la tarde agostea, cruzar deprisa las calles para atender al reclamo de la vocinglera campana.

Si entramos en el templo, un templo coquetón, elegante, de líneas ligeras, sin gravedad litúrgica ninguna, con santos sobre los altares nuevecitos y de colores chillones, templo en fin en que el culto es amable, la estancia halagadora, donde no nos sentimos poseídos de esa sensación de empequeñecimiento que experimenta el alma al penetrar en nuestras antiguas iglesias, lo veremos lleno por todas las mujeres de la ciudad,

que allí se han trasladado—aparte del piadoso deseo de la expansión espiritual—, por el más mundano de verse unas a otras en esos días grises que se avecinan.

En el sagrado recinto, existe como un remedo de la vida que debía hacerse a pleno aire, en cualquier salón donde en otros sitios habitualmente suele reunirse la sociedad. Oír el sermón y ver al novio; deleitarse con los cánticos religiosos, y atisbar de paso a la convecina, y ver el abrigo o el nuevo traje de las amigas; suspender un momento el alma en la oración y deslizar en los oídos ávidos de escuchar noticias, la última recogida al azar, perteneciente a la crónica escandalosa de la ciudad; pedir fervorosamente el último deseo nacido al estímulo de la última ilusión, para ir de paso ayudando al santo en sus gestiones, con una sonrisa lanzada como al descuido, con un relampagueo de mirada, con aire tímido y ademán cortado, al pasar delante del mozo, galán presunto, que en el átrio de la iglesia aguarda el desfile de caras bonitas.

Se acerca el otoño, dentro de poco las ráfagas de viento arremolinarán en el suelo las hojas de los árboles. Nos sentimos poseídos de tristeza, de una suave melancolía que reina bien con el ambiente gris. ¡Pobres burguesitas provincianas que habrán de mantener durante todo el invierno el fuego de la Ilusión, como otras tantas vestales de la Esperanza! Llegarán los días crudos, los días de invierno en constante espera tras los cristales, atisbando el paso de aquéllo que no es otra cosa que una quimera del corazón, y la quimera será dueña de las almas y el tesoro de ternura será eternamente despreciado, porque pasaremos deprisa muy deprisa, suspensa nuestra alma en nuestra propia quimera.

Yo espero con ansiedad esos días monótonos que nos hacen soñar, soñar eternamente, en un completo olvido de todas las miserias y realidades de la vida. Me gusta vagar solo por las calles desiertas, y tratar de inquirir el misterio de una habitación que manda a la oscura calle un débil rayo de blanca luz. La perpétua soñadora del Amor, la forjadora de quimeras, la que vive de la esperanza consumiendo su ternura en esperar, puede que esté allí, alumbrada por el inquietante rayo de la blanca luz que a través de la ventana llega hasta mí hiriendo mi fantasía, y puede que en aquel momento, palpitante de emoción, lea los amargos versos del poeta preferido, mientras oye en las vidrieras caer lenta la lluvia, como gotas de amargura que tamborilean en su propio corazón.

LOHENGRIN.

CANTARES MANGHEGOS

Recogidos y ordenados
por Eusebio Vasco.
(Continuación)

207

Vámonos a la Gredera
A buscar amores nuevos,
porque las de Valdepeñas
Se quedan con el dinero

208

El orgullo en Valdepeñas
En Santa Cruz los guasones,

En el Castellar querellas
Y en Torrenueva ladrones.
209

No quiero más Valdepeñas
Porque aran con la luna,
Y se cena por dos veces
Y no se almuerza ninguna.
210

Ya viene el mes de los pobres
Para ir a Los Cerrillos,
A coger chichirimamas,
Espárragos y cardillos.
211

Tengo una novia en San Juan,

Otra tengo en San Nicasio,
Y otra que voy a buscar
En el barrio de San Marcos.

212

A los Terreros Prietos
Te vas a vivir,
cuando tú seas buena
Me emplumen a mí.

213

El que quiera ver primores
Vaya al barrio de San Juan,
Que allí están las peluzonas,
las guarras y malpeinás.